

Las conspiraciones

Del Mundo Antiguo a la actualidad

Francisco Martínez Hoyos

Las conspiraciones

Del Mundo Antiguo a la actualidad

CÁTEDRA

La historia de...

Colección dirigida por Ricardo García Cárcel

1.ª edición, 2023

Diseño de cubierta: INGenius

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Francisco Martínez Hoyos, 2023
© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2023
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
Depósito legal: M. 2.216-2023
I.S.B.N.: 978-84-376-4571-1
Printed in Spain

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
¿Un conocimiento alternativo?	14
De la ficción a la realidad	18
CAPÍTULO PRIMERO. Del mundo antiguo al feudal	23
Entre la República y el Imperio	25
Jóvenes poderosos, mentes frágiles	28
Quitar a un rey, poner a otro	32
El antijudaísmo cristiano	34
Hechiceras y templarios	38
CAPÍTULO 2. La eclosión de la modernidad	41
Cuando el Otro no es de tu fe	52
Masones y jesuitas	57
CAPÍTULO 3. La era de la revolución	61
Explicar el fin del mundo	68
Las insurrecciones del liberalismo	75
CAPÍTULO 4. El miedo rojo	81
Miedo a los atentados	85

La vanguardia de la revolución	88
El espectro del comunismo	91
CAPÍTULO 5. La paranoia totalitaria	103
Las teorías de la conspiración de los nazis	106
La guerra contra el comunismo imaginario	109
La revolución devora a sus hijos	115
Conspirar contra Hitler	120
CAPÍTULO 6. La obsesión antimasonica de Franco	125
¿La República de los masones?	127
Franco y sus obsesiones	130
El legado de una manía persecutoria	136
CAPÍTULO 7. La Guerra Fría	141
Década de prodigios... y de conspiraciones	147
Entre el Watergate y la muerte de Juan Pablo I	151
Reagan, el nuevo <i>cowboy</i>	154
La peste del siglo xx	157
CAPÍTULO 8. ¿Quién mató a Kennedy?	161
El magnicidio	162
Nuevo presidente	164
El asesino	165
La versión oficial	171
Se multiplican las teorías	173
El <i>bluf</i> de Garrison	175
Más investigaciones	176
CAPÍTULO 9. La era de la desinformación	179
¿Qué pasó de verdad el 11-S?	182
La red multiplica las noticias falsas	185
Esos oligarcas que quieren dominarnos	189

El supervillano Bill Gates	191
Cuestiones de salud pública	193
CAPÍTULO 10. España, de la Transición al desafío independentista	199
Juego de tronos	203
El camino hacia el 23-F	205
La sombra del terrorismo	212
Conspiranoia a la izquierda... ..	217
Conspiranoia a la derecha... ..	218
El auge del secesionismo	219
BIBLIOGRAFÍA	223

INTRODUCCIÓN

Según un prejuicio arraigado, la Edad Media sería el tiempo de la superstición y el mundo en que vivimos el de la racionalidad. Hay abundantes indicios, sin embargo, que desmienten este tópico. Pese a la extensión del sistema educativo y la proliferación de medios en los que informarse, las teorías conspirativas se propagan sin freno. Basta con tener en cuenta el auge de la literatura sobre sociedades ocultas al estilo del superventas de Dan Brown *El código Da Vinci*. Todo lo que es secreto, por definición, sirve para generar beneficios sustanciosos. El público quiere emociones fuertes.

Mucha gente está dispuesta a creer que las cosas malas que suceden en el mundo obedecen a poderes que actúan en la sombra. Nada ocurre por azar ni por simple incompetencia, siempre por causa de personajes siniestros que mueven los hilos de la realidad sin que nadie tenga noticia. Son estos seres inquietantes los que, desde la protección del anonimato, maniobran para desviar en su provecho el curso de los acontecimientos. El conspirador, por definición, es aquel que procede en secreto con algún objetivo oscuro. Necesita esa reserva para desarrollar sus planes. La transparencia, por tanto, lo coloca fuera de su elemento natural. Es lo que decía Cicerón al advertir a Catilina de que todo

aquello que tramaba ya había salido a la luz: «¿No ves tu conjuración fracasada por conocerla ya todos?».

En ocasiones, buscar a toda costa un complot solo es la manera de racionalizar el absurdo de la existencia. ¿Cómo aceptar, sin más, que Lady Di, una figura tan querida, muera de un accidente de automóvil? Surge entonces la tesis fantástica de su asesinato a manos del Mossad y el MI-5 confabulados. La casa real británica no habría podido permitir que la madre del heredero al trono estuviera embarazada de un musulmán. Años antes había sucedido lo mismo con el asesinato de Kennedy: resultaba muy difícil digerir que un hombre tan carismático y atractivo, en la flor de la vida, desapareciera solo por la locura de un lobo solitario.

La conspiranoia, de esta forma, deviene una idea consoladora. La mayoría de la gente prefiere aceptar que existen planes tenebrosos para sembrar el daño antes que resignarse a un mundo en el que todo es caos. Así, la suposición que hace derivar lo visible de lo invisible se convierte en un antídoto contra el nihilismo (Ceballos, 2021: 24).

Imaginar conjuras siniestras facilita, por otra parte, la estigmatización del enemigo político. Este es, precisamente, uno de los rasgos comunes de este tipo de teorías: delimitan con nitidez el campo del «nosotros», integrado por víctimas inocentes, y el terreno incierto de un «ellos» en el que unos seres demoniacos conspiran sin cesar en aras de sus ilimitadas ansias de dominación. Estos individuos formarían círculos muy restringidos, pero nadie explica de dónde sacan tan escasos individuos los medios coercitivos con los que imponer su voluntad y no ser derrocados por la mayoría. La cuestión de la naturaleza del poder permanece, de esta forma, al margen del estudio.

Se trata, pues, de definir al enemigo. Si no existe uno real, hay que inventarlo con tal de responder a unas necesidades vitales para el propio grupo. En palabras de Umberto Eco, tener un enemigo nos ayuda no solo a clarificar nuestra identidad, tam-

bién nos permite «procurarnos un obstáculo con respecto al cual medir nuestro sistema de valores y mostrar, al encararlo, nuestro valor» (Eco, 2012).

La teoría de la conspiración evidencia aquí una funcionalidad de primer orden al apuntar las hipotéticas amenazas, a menudo centradas en un colectivo minoritario al que se percibe como diferente y peligroso. En la Edad Media se hacía responsables a los judíos de catástrofes como las epidemias, al suponerse que contagiaban deliberadamente la enfermedad. En la actualidad son los emigrantes, gentes de un color de piel distinto y costumbres que nos resultan ajenas, los que aparecen culpabilizados de fenómenos como la delincuencia, el desempleo o el terrorismo. De creer a determinados profesionales del alarmismo, Europa estaría a punto de sucumbir ante la marea islámica: gente llegada de otras latitudes actuaría a la manera de infiltrados en nuestra sociedad. Serían, en definitiva, una quinta columna. De ahí que existan voces que, de manera insensata, atribuyan al terrorismo musulmán cualquier desgracia, como el incendio que afectó a la catedral de Notre Dame.

Las teorías de la conspiración también sugieren la irresponsabilidad de los que ejercen el poder. Los culpables de un desastre nunca son los que efectivamente gobiernan, sino oscuros agentes. El mismo principio es válido para el bando perdedor en cualquier conflicto. En lugar de practicar el siempre doloroso ejercicio de la autocrítica, los vencidos echan mano de alguna conjura que explique por qué ellos, los justos, han paladeado el amargo sabor de la derrota. De esta forma, la teoría de la conspiración se convierte en una respuesta secularizada al problema del mal en el mundo (Pérez Hernáiz, 2011: 120).

Hablamos de teorías sistémicas cuando una organización, en solitario, impulsa una amplia gama de iniciativas para dominar un país o incluso el mundo entero. Este es el caso de los planes fantasmagóricos atribuidos a masones, judíos o comunistas. Otras

hipótesis, por el contrario, se construyen para explicar un solo acontecimiento. El asesinato de John F. Kennedy, por ejemplo. O el primer alunizaje de la humanidad: este hecho nunca habría tenido lugar, todo sería una filmación llevada a cabo por Stanley Kubrick (Evans, 2021: 10-11).

¿UN CONOCIMIENTO ALTERNATIVO?

Por su propia naturaleza, la teoría de la conspiración nunca es, como diría Popper, falsable. Siempre encuentra la forma de esquivar la molestia de los hechos, de manera que nunca puede ser desmentida. Cualquier evidencia se interpreta como favorable a la idea preconcebida, nunca de manera que pueda refutarla. En el caso de los judíos, este tipo de argumentación torcida resulta particularmente escandaloso. Si no se integran en la sociedad, son acusados de exclusivistas. Si, por el contrario, optan por diluirse en las masas, se supone *ipso facto* que lo hacen con propósitos de infiltración de cara a un objetivo perverso. Hagan lo que hagan, por tanto, siempre se sospecha de ellos. Si a un antisemita se le dice que no existen pruebas para sustentar sus tesis, eso no le disuadirá. Interpretará, por el contrario, que la falta de evidencias muestra la astucia de los judíos a la hora de eliminar rastros de sus intrigas. Se produce así una paradoja extraña: la ausencia de elementos demostrativos confirma la hipótesis en lugar de refutarla como sería lógico.

Semejante falta de fundamento empírico contrasta con los alardes de pseudoerudición: libros con montañas de notas que solo son paja, fuentes supuestas que solo confirman lo que se ha decidido de antemano. Como señaló en los sesenta Richard Hofstadter, «se pone un esmero heroico en acumular pruebas que demuestren que tan solo debemos dar crédito a lo increíble» (cit. en Evans, 2021: 8).

No solo las hipotéticas pruebas son inconsistentes. También lo es una explicación en la que se mezclan elementos tan heterogéneos como incompatibles entre sí, un *totum revolutum* en el que puede añadirse cualquier cosa sin que importe la coherencia del conjunto. En el asesinato de JFK, lo mismo se atribuye el magnicidio a los castristas que a los anticastristas, a la Mafia, a la CIA o incluso al vicepresidente Johnson. Un capítulo de *Los Simpson*, con la comicidad propia de la serie, refleja esta forma peculiar de razonamiento. Cuando los adultos de Springfield empiezan a dedicar más tiempo a su vida sexual, los niños han de explicar el porqué de sus ausencias. Piensan entonces que todo puede deberse a una conspiración del complejo militar-industrial en alianza con los extraterrestres, unidos en su común propósito de dejar a los menores sin cenar. Cuando Lisa se burla de esta hipótesis y dice que los mayores se han convertido en vampiros diurnos, los demás acogen sus palabras con entusiasmo. Todos creen que la nueva narrativa no presenta ninguna disonancia con las teorías que se han formulado con anterioridad (Ceballos, 2021: 17-18).

Mientras tanto, cualquier minucia puede ser sobreinterpretada para que de esa hipotética pista se derive una enormidad. Si la Cumbre de la Tierra de Río de Janeiro, en 1992, habla de velar por el medio ambiente, los extremistas de derechas no tardan en ver una demostración de que el comunismo se ha extendido hasta infectar cualquier cosa. Así, todo se puede vincular con todo aunque no tenga nada que ver en absoluto. De un dato real siempre se pueden extraer las conclusiones más fantásticas.

Pero si la pseudorreducción y la inconsistencia lógica no son suficientes, siempre queda el recurso al chantaje emocional. El autor apela entonces no a nuestro raciocinio, sino a nuestra capacidad de empatía. Daniel Estulin, en *Los secretos del Club Bilderberg*, se dirige al lector con un «créeme», como si todo se solucionara con el acto de fe en esa persona que va a revelarnos por fin la verdad (Estulin, 2006: 19).

Natural que se apele a la confianza en el gurú, sobre todo cuando este asegura haber visto documentos supersecretos que le habría enseñado un contacto anónimo dentro de una gran organización. El autor siempre posee este tipo de información confidencial, imposible de verificar de manera independiente. Suerte que la ausencia de una mínima seriedad argumentativa en el fondo no importa. En la práctica, las teorías de la conspiración actúan como verdades imposibles de refutar. Si niegas la materialidad de sus hechos, el creyente en tales explicaciones siempre puede replicar que formas parte de un complot de silencio. La peor maldad de los conjurados sería la de ocultar al público su existencia para así poder obrar con impunidad absoluta. En cuanto a la visión de los especialistas, es sencillo denigrarla como expresión de una supuesta ciencia «oficial». Los expertos, según Estulin, serían gente fácilmente venal que trabaja al servicio de los intereses que les pagan. La clave, por tanto, estaría en escudriñar quién controla a los hipotéticos científicos.

La finalidad de lo que podríamos denominar «género paranoide» no es comprender la realidad, sino manipular a las masas a través de un recurso tan viejo como eficiente: el miedo. Miedo a lo desconocido, a lo que no podemos controlar. La teoría de la conspiración nos permite reducir las múltiples variables que presentan los hechos a una simplicidad sin mayores problemas. Si se trata de analizar una crisis, lo importante no son los factores estructurales, sino la forma en que una determinada élite ha maquinado para llevarnos por el mal camino. Se obvia así que a los poderosos tampoco les interesan fenómenos como una recesión económica, en la que ellos sufren pérdidas millonarias en un contexto de retroceso de la producción.

¿En qué se diferencian estas visiones del mundo del conocimiento científico? Se basan en algún tipo de conocimiento «oculto» al contrario que la ciencia, fundamentada sobre hechos conocidos por todos. El teórico marxista John Molyneux nos

recuerda también que los conspiracionistas suelen demostrar un singular doble criterio según se trate de las tesis propias o de las ajenas. A la hora de refutar versiones comúnmente admitidas se muestran hipercríticos, pero después, al proponer una teoría alternativa, la exigencia de rigor desaparece. Lo cierto es que, aunque consiguieran desmontar una explicación oficial, eso no garantizaría que la explicación de recambio poseyera un mínimo de solidez y credibilidad. Tal déficit no impide que sus artífices, de cara a la opinión pública, se vistan de científicos sociales o periodistas de investigación.

Las teorías de la conspiración se presentan con un aura de rebeldía frente a lo establecido, pero en muchas ocasiones sirven para consolidar el sistema, no para destruirlo. En primer lugar, porque dirigen la imaginación de la gente hacia amenazas imaginarias, no hacia los auténticos peligros. Además, al centrarse en unos «amos del mundo» con facultades omnipotentes, transmiten el mensaje implícito de que prácticamente nada es posible contra ellos. Eso conduce, lógicamente, a la pasividad y al derrotismo. No es casual que los adictos a las teorías conspiratorias tiendan a intervenir menos en política que aquellos que rechazan las hipótesis disparatadas.

Además, como bien ha apuntado Molyneux, el conspiracionismo se fundamenta en la sobrevaloración sistemática de la unidad de la clase dominante. Sus contradicciones internas simplemente no se tienen en cuenta. Así, es posible hablar de una conspiración global de los capitalistas sin tener en cuenta lo poco verosímil que resulta un acuerdo entre los que, por naturaleza, compiten entre sí.

Los zodiacos funestos nos advierten de conjuras encaminadas a algún fin terrible... ¿Aportan, tal vez, alguna solución para hacer frente a tan terribles problemas? La denuncia se queda en la queja estéril, sin propuestas políticas que permitan a las masas acceder al cambio, más allá de actos de protesta que carecen de

programa. Aunque puede ser aún peor si nos proponen el atajo inadmisible de culpar de todos los desastres a un colectivo concreto, como los judíos o los masones, que se convierte así en chivo expiatorio. En ese caso, es muy posible que la teoría de la conspiración deje el mundo de las ideas para entrar en la persecución e incluso el genocidio. Esto fue lo que ocurrió, sin ir más lejos, con el Holocausto, legitimado sobre la base de una fantásica conspiración de los judíos contra el pueblo alemán. Cuando las cosas se llevan tan lejos, es porque las ideas sobre planes maléficos en la sombra han abandonado su primitiva marginalidad. Si ocupan un lugar central dentro del imaginario de una época, es que ha llegado ya el momento de que podamos esperar lo peor (Gallo, 2021: I, 29).

DE LA FICCIÓN A LA REALIDAD

No se trata, por supuesto, de negar las conspiraciones auténticas. Estas existen y son más frecuentes en la historia de lo que nos gustaría. ¿Quiere decir esto que podemos hablar de teorías de la conspiración justificadas e injustificadas? (Lledó Callejón, 2014). En este ensayo, teoría de la conspiración es solo aquella que no está avalada por pruebas. Cuando se trata, por el contrario, de un acontecimiento real, el término «teoría» deja de ser pertinente.

No obstante, la presencia de conspiraciones verdaderas no significa que debamos convertirlas en el motor de la historia, como en ocasiones ha hecho una izquierda desnortada que ha sustituido el viejo materialismo histórico por la creencia a pie juntillas en oscuros manejos que impulsan el mundo. Para el antiguo socialista Ramón Cotarelo, la «teoría de la conspiración» no sería ningún disparate, sino un dato universal. La historia, en su opinión, no sería «sino una sucesión de conspiraciones», desde el An-

tiguo Egipto hasta la actualidad. Por eso, lo absurdo sería no reconocer las conspiraciones que sean ciertas (Cotarelo, 2013).

A los creyentes, por supuesto, todas sus ensoñaciones les parecen verídicas. Las conjuras, como acabamos de ver, sustituyen a la lucha de clases como factor determinante en la evolución del pasado. Son esas piezas imprescindibles para armar el rompecabezas de una historia supuestamente censurada, a la que le faltarían «los mejores trozos», en expresión de Gonzalo Ugidos. Según este periodista, la historia no sería algo sólido, sino blando como el queso de Burgos y lleno de agujeros como el queso emmental. Este es un procedimiento habitual: primero se cuestiona el conocimiento académico y después se ofrece un supuesto camino hacia esa realidad que habría permanecido en la sombra. Pero lo cierto es que, como el mismo Ugidos sugiere, tendemos a sobrevalorar lo que no conocemos (Ugidos, 2017).

¿Seremos capaces de distinguir una conspiración auténtica de una falsa? La tipología de las de verdad es muy variada, al abarcar distintos grados de organización y desarrollo. Eduardo González Calleja sitúa la intriga como el nivel más básico de complejidad: un número de personas reducido traza un plan en términos informales. El contubernio sería lo mismo, solo que con un mayor número de implicados. En la conjura, en cambio, aunque los individuos son pocos, el proyecto para subvertir lo establecido presenta una elaboración más considerable. Si, por último, es un complot lo que analizamos, observaremos que sus tentáculos alcanzan una gran extensión y que se convierte en el paso previo a un golpe de Estado (González Calleja, 2020: 24).

Una conspiración, con frecuencia, equivale a un camino para llegar al poder cuando las vías pacíficas son imposibles. En la España del XIX, por ejemplo, la imposibilidad de una alternancia pacífica empujó a los progresistas a echarse al monte. Desde este punto de vista, conspirar sería el recurso del débil frente al fuerte. Si cuentas con el poder en tus manos no necesitas méto-

dos clandestinos, te basta con ejercer tu fuerza de manera directa y pública. Aunque también es posible que te salga a cuenta culpar a la oposición, real o supuesta, de conspirar contra ti, si no es que prefieres desprestigiar a tus enemigos con medios ilegales tal como hizo el FBI de John Edgar Hoover. Así, cubriendo de fango al que no piensa como tú, legitimas tu posición y justificas el empleo de la violencia contra hipotéticos rivales. Eso fue lo que hizo Stalin cuando, en los procesos de Moscú, atribuyó a fieles revolucionarios oscuros manejos para derribarlo del poder. Como persona que había ascendido a la cumbre deshaciéndose de contrincantes, el zar rojo tenía una acusada propensión a desconfiar de todo el mundo.

En todo caso, al referirnos a las conspiraciones verdaderas nos situamos ante un instrumento con el que obtener el máximo de beneficios como la menor movilización posible de recursos humanos y materiales. Al menos, así es sobre el papel. En la práctica, por cada conspiración que triunfa, muchas fracasan. La historia está llena de proyectos descabellados en los que los protagonistas perdieron sus vidas por arriesgarse en planes que solo tenían posibilidades de éxito en el mundo de los sueños.

Como apunta Richard J. Evans, las conspiraciones históricas siempre buscan objetivos concretos, no propósitos genéricos como «dominar el mundo». Son, además, fenómenos limitados en el tiempo (Evans, 2021: 12). No se extienden, por tanto, a lo largo de muchos años, o incluso siglos, como pretenden las historias sobre los turbios manejos de masones o judíos. Las conspiraciones fantasiosas como las que acabamos de citar constituyen explicaciones simples de procesos complejos, en las que brillan por su ausencia las pruebas que sustenten el osado edificio que se pretende levantar. Muchas veces, simplemente se recogen afirmaciones repetidas sin pasarlas por el tamiz de la crítica. Si varias figuras públicas afirman, por ejemplo, que el Ibex-35 influye en la política española en uno u otro sentido, sus palabras se toman

enseguida como hechos demostrados, no como lo que son, simples especulaciones. Se crea así una verdad incontestable que no necesita ser demostrada con pruebas.

De todas formas, en la práctica, la frontera entre la conspiración auténtica y la ficticia se vuelve, en muchas ocasiones, imprecisa. ¿Eran de verdad inocentes los Rosenberg cuando se les acusaba de pasar secretos atómicos a la Unión Soviética? La izquierda se puso de su lado, pero el asunto resultó mucho más complicado de lo que los defensores del matrimonio daban a entender. Si nos vamos a la Revolución francesa, también es difícil distinguir dónde acaban las conjuras contra el gobierno y dónde empieza la paranoia. A la largo de este libro, pues, hemos optado por analizar de forma conjunta tanto los complots acreditados de manera fehaciente como los que se redujeron a puras invenciones. En más de una ocasión, ambas modalidades se retroalimentaron: la conspiración falsa que atribuyó la derecha al comunismo sirvió, en 1936, para alimentar una conspiración bien real contra la Segunda República.